

11. EL PADRE MISERICORDIOSO Y EL HIJO PRÓDIGO

Introducción. Vamos a contemplar como el ser de Dios es compasión y misericordia. Es el amor incondicional por toda la humanidad, la que se queda y la que se va, la que acierta y la que se equivoca. Cristo es imagen del padre misericordioso. *«Imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación» (Col 1,15)*, el Hijo unigénito del Padre, *«el resplandor de su gloria y la impronta de su ser» (Heb 1,3)*, *«haciéndose carne y habitando entre nosotros» (Jn 1,14)*, fue desde su aparición en el mundo el revelador del misterio *«el Padre de las misericordias» (2Cor 1,3)*, aquel que es fuente de la misericordia y que la derrama generosamente sobre nosotros. Más que cualquier otro atributo divino Cristo nos muestra que es la imagen viviente del Padre, *«rico en misericordia» (Ef 2,4)*; pero antes con su vida que con sus palabras.

Lo que Dios nos dice. *«También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete» (Lc 15,11-24).*

La vida de Jesús es todo un despliegue de amor y de misericordia frente a todas las formas de miseria humana, con todos aquellos que física o moralmente tenían necesidad de piedad y compasión, de ayuda y sostén, de comprensión y de perdón. Jesús crea espacios de hospitalidad, para que descubramos qué en el corazón de Dios, en la casa de Dios, hay sitio para todos. Por lo que no sólo acude a su poder de hacer milagros, sino que se enfrenta con la mentalidad estrecha y hostil del ambiente con tal de hacer el bien y sanar a todos. Médico de cuerpos, pero sobre todo de las almas, como lo demuestra su actitud llena de indulgencia y de favor con los pecadores, que encuentran en él un "amigo", y con los que no tiene ningún reparo en tratar, a pesar de los recelos de muchos, llegando incluso a sentarse a su mesa. Jesús se conmueve ante las necesidades de los hermanos y "siente compasión" por todos, sea cual sea su enfermedad o su necesidad. Por eso todos los que recurren a él lo hacen como dirigiéndose a Dios mismo, invocando su misericordia, suplicándole: *«¡Ten compasión de mí, Señor!» (Mt 15,22)*. Para defenderse de las acusaciones de los fariseos y para justificar su comportamiento, lleno de compasión con los publicanos y los pecadores, Jesús narra tres parábolas, todas ellas inmensamente bellas. Las dos primeras, la de la oveja y la de la moneda perdida, aluden a la alegría que causa en el cielo el hallazgo y encuentro, aunque sea de un solo pecador. La del hijo pródigo y libertino que es esperado afanosamente por su padre, que espera su retorno y que, al verlo de lejos, se llena de compasión y corre a abrazarlo y le prepara una fiesta, es la imagen más viva del amor ilimitado del Padre celestial.

Cómo podemos vivirlo. Tenemos que conocer y experimentar este amor; y por eso Jesús, con esta parábola nos ofrece la clave para entender todos sus milagros en su significado más profundo. Es el Padre el que actúa en él y el que en su persona manifiesta visiblemente su misericordia. Toda la obra de Cristo, desde su llegada al mundo hasta su muerte y resurrección, es la actuación del designio providencial concebido por el Padre en su gran amor a los hombres, subrayando la absoluta gratuidad del don de la misericordia divina. Es maravilloso este despliegue del amor misericordioso del Padre, que en Cristo se derrama sobre los hombres bajo la forma de aliento y de consuelo y se contagia de un individuo a otro para llegar a la fuente de bendición y de acción de gracias. Jesús afirma la primacía del amor y del perdón sobre todas las ofrendas y sacrificios prescritos por la ley. *«Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 9,13; 12,17).*